



Dioses y humanos en el cristianismo y en Mesoamérica

Federico Navarrete

¿Creyeron realmente los habitantes de Mesoamérica que los expedicionarios venidos de España en 1519 eran dioses? ¿Fue por eso que se sometieron a ellos?

Para responder estas preguntas, planteadas desde hace cinco siglos, debemos reconocer que las concepciones de lo que es un Dios o una deidad son muy diferentes en la religión judeo-cristiana y en la mesoamericana.

La religión Católica concibe a Dios como un ser único y radicalmente diferente a los seres humanos a quienes creó. Es omnipotente y omnisciente, inmortal y eterno; es además la única fuente de la verdad. Las personas, en cambio, son mortales y sólo pueden conocer las verdades reveladas por él. En la tradición judeo-cristiana, Dios y los seres humanos son seres esencialmente diferentes y ocupan posiciones fijas en una escala vertical. Desde este punto de vista, decir que una persona es un dios es atribuirle un poder extraordinario y superior al de cualquier criatura humana.

Para la religión mesoamericana, las deidades -en náhuatl *téotl* (plural *teteo*)- y las personas -*macehualli* (plural *macehualtin*)- no tienen identidades fijas y absolutas sino que se entremezclan y transforman continuamente: los *macehualtin* en *teteo* y vice versa. Según los relatos nahuas, por ejemplo, una persona humilde y enferma, el anciano Nanahuatzin, se transformó en el Sol que iluminaba el mundo y varios humanos más también se hicieron deidades. Desde entonces se estableció un pacto en que los *macehualtin* y los *teteo* se alimentaban y mantenían en vida mutuamente.

Por eso era frecuente que mujeres, niños y ancianas, además de hermosos guerreros jóvenes, se convirtieran en deidades. Por medio de complejos rituales se volvían *ixiptla*, imágenes vivientes, encarnaciones físicas de los *teteo*. Un *téotl* hablaba con la voz de su imagen viva humana y actuaban en la tierra por medio de su cuerpo. Con frecuencia, los *ixiptla* eran muertos en rituales y luego los humanos hacían renacer bajo otra forma a las deidades que habían vivido en ellos.

Si los indígenas se volvían ellos mismos deidades, no sorprende que pensaran que los expedicionarios que llegaron en 1519 pudieran ser *ixiptla* de alguna deidad, o *teteo* ellos mismos.

©Federico Navarrete © Noticonquista

Autorizada la reproducción y distribución sin fines de lucro de este texto íntegro y con sus créditos. No se permite la modificación.



Por eso, los llamaron *teules*, como los españoles escucharon la voz *téotl*. Pero esto no quería decir que fueran superiores, todopoderosos, inmortales, ni siquiera buenos, ni dueños de la verdad. A diferencia de la tradición maniquea de la religión católica, que identifica a Dios con el bien absoluto y a la maldad con el Demonio, los mesoamericanos sabían que sus deidades eran poderosas, sin duda, pero que podían ser buenas o malas, según las circunstancias.

La fuerza brutal de un *téotl* se podía manifestar por medio del rayo, de catástrofes, de actos de violencia, de portentos que podían ser benéficos o maléficos, según a quien beneficiaban o perjudicaban. En este sentido las repetidas atrocidades cometidas por los expedicionarios, sus armas espectaculares y sus caballos agresivos, podían ser interpretados como atributos de deidades, precisamente por ser tan peligrosos y dañinos. Por eso, como hacían con sus dioses enojados o vengativos, los mexicas (o aztecas) buscaron la manera de contentarlos, alimentarlos y tenerlos tranquilos, por medio de regalos y servicios, para paliar su violencia. También buscaron la manera de neutralizar su poder por medios mágicos o militares, como hacían también con las deidades enemigas. Otros, en cambio, como los totonacas o los tlaxcaltecas, optaron por aliarse con ellos y usaron su fuerza mortífera para enfrentar y destruir a sus enemigos.

Al mismo tiempo, las mujeres mesoamericanas se encargaron de tener relaciones sexuales con estos seres tan peligrosos para enfriarlos con su fuerza femenina, reducir sus poderes solares, masculinos y calientes, hacerlos seres más equilibrados, más humanos, menos peligrosos. Al darles de comer tortillas y otros alimentos propios de las personas buscaban transformar sus cuerpos para hacerlos más parecidos a los cuerpos de los *macehualtin*.

Los *teteo* también veían cosas que los *macehualtin* no alcanzaban a avistar y usaban palabras que no todos entendían. Los españoles hablaban un idioma desconocido y se referían a entes desconocidos como Dios, el Emperador Carlos V, el Papa. Para comunicarse con las deidades, los chamanes mesoamericanos ingerían alucinógenos o realizaban penitencias, los sacerdotes realizaban sacrificios y ofrendas suntuosas. En este sentido, se puede proponer también que Marina, la intérprete, fue vista por los mesoamericanos como una sacerdotisa, o tal vez una *ixiptla* de esos *teteo*, tan peligrosos como incapaces de hablar, pues era la única que podía entenderlos y transmitir sus palabras y sus visiones a los *macehualtin* y deidades de estas tierras. Era también la que podía controlar su violencia desmesurada y mantenerla dirigida a los enemigos que ella y los aliados indígenas designaban.

©Federico Navarrete © Noticonquista

Autorizada la reproducción y distribución sin fines de lucro de este texto íntegro y con sus créditos. No se permite la modificación.